

Mecanismos de competencia electoral. Un análisis microsociológico en Chiapas

Óscar Gordillo Guillén, Alma Isunza Bizuet, Rosana Santiago García

LA TRANSICIÓN POLÍTICA MEXICANA: DEL PARTIDO HEGEMÓNICO-PRAGMÁTICO AL SISTEMA DE PARTIDOS

Es innegable que el establecimiento en México de lo que Sartori denomina un sistema de partidos, es un proceso relativamente reciente, el cual se aprecia a través de la historia de las reformas electorales —producto institucionalizado de las luchas sociales por la democracia en México— y que, especialmente a partir de 1977, se encaminaron en una vía de pluralidad política que fue canal de expresión de la sociedad mexicana, cada vez mas diversa, compleja y desigual.

Dentro de un proceso gradual de reformas políticas propiciado por la participación de movimientos sociales y actores que habían sido contenidos por el régimen político, se fue configurando un sistema de partidos iniciado con la reforma de 1977.

En efecto, la conversión hacia un real sistema de partidos fue un proceso que dio inicio con la reforma electoral de 1977, en la que se establece el principio de representación proporcional para hacerla más justa. No obstante, hasta 1986, el conjunto de reformas han sido caracterizadas por varios especialistas como reformas acotadas para mantener el predominio del partido hegemónico (PRI), conservando la presencia de partidos de oposición (Crespo 2000, Ibarra, *et.al.* 2006, Cárdenas G. 2000) bajo diversos discursos como el de “governabilidad” en el poder legislativo: se mantenían mecanismos legales que garantizaban mayorías absolutas legislativas (escaños), a “mayorías” relativas (hasta con 35 por ciento de votos). En 1994, con las reformas del principio de representación proporcional, se amplió el número de Senadores y se abrió el curso para un sistema

de partidos competitivos y competentes en el escenario político del país, además de que en 1996 se legisló la ciudadanía del IFE.

Así, en el marco de un sistema de partidos que contendían en las elecciones tanto federales como locales, se generaron algunas situaciones de fragmentación, como en el caso de la Cámara de Diputados, donde desde 1997 ningún partido tiene mayoría.

En el caso del estado de Chiapas, a partir del año 2000, el ejecutivo del estado¹ no contó con una mayoría en el Congreso y éste es dominado por el PRI; en las Legislaturas posteriores se da un proceso de fragmentación (un conjunto de minorías en la que la minoría más grande dominaba, pero con gran debilidad y presión) que sólo se superó mediante el mecanismo de las coaliciones como una estrategia para lograr fuerza electoral.

Pero las coaliciones rápidamente han causado serias distorsiones en la concepción misma de los partidos políticos, ya que deberían responder a programas ideológicos y de proyecto nacional que se traduzcan en un conjunto de propuestas que los distinguan y se espera que tanto su desempeño como la rendición de cuentas sea coherente con su plataforma política.

Los procesos de coaliciones se han desarrollado de manera pragmática donde sólo se solidifican y reconstituyen las divisiones de cúpula interna de las elites que se dividen el país en territorios de influencia, y a partir de ahí, negocian posiciones y parcelas de poder. Pareciera que se ha dejado de lado la concepción del partido como instrumento para fines colectivos que vinculan al pueblo con el gobierno; de partidos que responden al electorado, rinden cuentas,

que canalicen y comuniquen (Sartori) y en este sentido, las coaliciones han permitido la recomposición de los grupos políticos de cúpula, que se han ampliado con toda suerte de personalidades y de arribistas que llegan a la política como una “empresa” a la que hay que “invertir” para obtener ganancias.

Esta situación se presenta de manera más cruda en los gobiernos estatales y municipales donde la plataforma ideológica de los partidos, la trayectoria de vida en las instituciones públicas, la vocación de servicio, la experiencia política y demás atributos de quien aspira a ocupar un cargo público de elección, o como funcionario público, no importan. Para esta suerte de personajes que irrumpen en la política, lo fundamental es la política de alianzas que se puedan establecer con los poderes formales y fácticos en cada territorio, para que a través de la suma de grupos, se pueda acceder al poder respondiendo a intereses particulares.

En el caso de Chiapas, un ejemplo claro de esta situación lo representa el senador Manuel Velasco Coello quien llega al Senado impulsado por una alianza del PRI-PVEM, pero actualmente en las elecciones locales, este senador fue uno de los coordinadores de campaña del candidato del PRD-PT a la presidencia municipal de Tuxtla Gutiérrez, pero al mismo tiempo, encabeza mítines en San Cristóbal de Las Casas en apoyo al candidato a la presidencia municipal de la coalición PRI-PVEM.

Para el estudio del desempeño de los sistemas partidistas Sartori recomienda el empleo de un conjunto de indicadores, entre ellos, los de competencia y competitividad. Competencia es la capacidad de los partidos para llamar a los votantes a las urnas por los medios a su alcance. La competencia “es una estructura o una regla del juego” y en el mismo sentido, Przeworski y Sprague coinciden en señalar que se mida la competencia como “el «esfuerzo movilizador» de los partidos en relación a la «exposición» de los ciudadanos” (citados por Sartori, 2000:258 y ss), y la competitividad que es una propiedad de la competencia, “un estado concreto del juego” que se mide por la proximidad de los resultados y/o por la frecuencia con que unos partidos siguen a otros en el poder y se correlaciona con el tipo de productos de la política, por ejemplo, política social. Y con estos indicadores, especialistas como Ibarra, *et al* (2006), han realizado estudios en municipios del centro-norte de México y argumentan que la competencia electoral ha provisto una estructura de incentivos con tres elementos que inciden de distinta manera, según la experiencia de gobierno o las capacidades técnicas de la administración de los partidos contendientes:

“1. Los electores utilizan su voto, entre otras cosas, para manifestar su aprobación o condena a la forma de gobernar del partido en el poder.

2. Para acceder al poder o mantenerse en él, los partidos políticos deben mostrar que han realizado una buena gestión o convencer al electorado de las ventajas de su propuesta.

3. Los administradores públicos, responsables de ejecutar las políticas del partido que ha resultado ganador en las elecciones, gozan de cierta autonomía, pero esta última se ve reducida en condiciones de alta competitividad. El partido en el poder buscará por todos los medios a su alcance garantizar la implementación de políticas que aumenten su probabilidad de ganar la próxima elección”.

Y aunque los autores no afirman que la competencia garantiza por sí misma un desempeño más eficiente en las tareas de gobierno que beneficie a los ciudadanos, sí influye y modifica los incentivos de los actores políticos (Ibarra, *et. al.*, 2006:473)

En nuestro escenario local, la competencia no se da en los términos arriba mencionados, sino que descansa mucho más en los mecanismos tradicionales implantados por el partido hegemónico, que se combinan con la compra del voto, especialmente de las poblaciones más empobrecidas (por ejemplo, en la elección local de 2004 para renovar ayuntamientos y diputaciones locales, uno de los partidos contendientes ofreció a los electores 50 pesos por su voto en el municipio de Teopisca). Estas prácticas de compra del voto, las campañas de intimidación, la utilización de los programas sociales, etc. son prácticas que expresan una cultura política que está configurada en la polarización de la sociedad, en donde existen por un lado amplios segmentos de población que sobreviven con ingresos mínimos, y por otro un segmento de población con diversos grados de cultura ciudadana.

María de las Heras ha construido una tipología en donde diferencia dos tipos de población, la de electores (que son todos aquellos que podrían votar) y los votantes (que son los que realmente acuden a votar el día de la elección). Entre los electores, de las Heras distingue tres tipos: los indiferentes, que al final generalmente no votan; los cambiantes, que pueden modificar su preferencia y no es seguro que voten y por último, los estables, son los que tienen alta probabilidad de votar (De las Heras, 2006:78) y que además “votan en positivo, escogen al partido de su preferencia porque reciben beneficios personales a través de él o lo identifican como emblema de las personas como ellos. [por último] Los cambiantes escogen en negativo porque empiezan por discriminar lo que no se aviene con

sus valores o estilo de vida, y/o rechazan la opción que podría poner en riesgo esos valores y estilos de vida”. (De las Heras, 2006:97)

LOS “OPERADORES” DE LA COMPETENCIA ELECTORAL Y SU INFLUENCIA SOBRE ELECTORES ESTABLES, CAMBIANTES E INDIFERENTES.

En el contexto de nuestro estudio, el Distrito Electoral Local V que comprende los municipios de San Cristóbal de Las Casas y Teopisca, han constituido tradicionalmente el voto duro priísta que se ha movido de manera corporativa; y de la misma forma, han cambiado sus preferencias siguiendo a un candidato. En este ámbito distrital confluyen los tres tipos de electores, desde el indiferente que no vota, y se refleja en las consistentes cifras de abstencionismo (fluctuante entre el 48 y 52 por ciento de abstención),² al votante estable que en este distrito se ha configurado especialmente por los mecanismos corporativos, largamente mantenidos y recreados por generaciones en el ámbito local rural y urbano por el partido hegemónico (PRI). Este mecanismo corporativo funciona a través de operadores políticos que antaño venían siendo la estructura electoral del PRI se arraigó como cultura político-electoral, y actualmente ya no opera exclusivamente para el PRI, sino para los distintos candidatos, que buena parte de ellos han pertenecido al PRI o al PAN, los partidos que a nivel local han sido los más antiguos y estables.

En este nuevo escenario, los candidatos se antepone al partido y éstos han quedado subordinados como “franciscuarios” que prestan la membresía a los candidatos. Uno de los tantos efectos del sistema pluripartidista y de las coaliciones es que han representado, por el lado de la clase política local, una oportunidad para salir de la camisa de fuerza de la disciplina partidista tradicional que mantenía el PRI, en tanto partido hegemónico, y ahora pueden buscar «por su cuenta» las alianzas y los compromisos para ser candidatos. Por el lado de los votantes “estables” operan mecanismos tan profundamente arraigados por generaciones en torno al PRI y los cuales se mantienen, sólo que ahora operando en torno a los candidatos, que por su diversidad, les proporcionan mayor poder de decisión y de cálculo para negociar el “llevar a la gente a votar” .

LA HERENCIA CULTURAL DEL PARTIDO HEGEMÓNICO: LOS VOTANTES «DUROS»

En el contexto de los procesos electorales, tanto locales como federales, existen mecanismos y prácticas mediante

las cuales los diversos partidos políticos, basados en sus estructuras tanto formales como no formales, llevan a los ciudadanos a votar; esto es lo que permite a los partidos y coaliciones obtener votos, ganar escaños y gobernar. Examinamos las prácticas de los llamados “operadores” de los partidos que durante la etapa de «campana» y «precampaña» de los procesos electorales, despliegan toda una serie de acciones para asegurar votos para su partido o candidato. Este conjunto de “prácticas políticas” fueron observadas en las elecciones tanto locales (2004) como federales (2006) en el Distrito Electoral Federal y Local V de Chiapas, cuyo electorado se compone de población urbana, rural y de condición étnica diversificada.

En la actualidad observamos que en Chiapas el proceso de competencia se finca sobre tres situaciones: 1) el voto duro del partido, 2) la presencia en el ámbito público del candidato, y 3) la estructura de apoyo gubernamental municipal, estatal y federal.

Dentro del deteriorado sistema de partidos, los militantes y simpatizantes de los partidos no generan la fuerza necesaria dentro de las campañas para impulsar al candidato hacia el triunfo, sobre todo porque en la actualidad, el respeto a la militancia ha sido práctica olvidada y en su lugar, prevalecen procesos internos viciados; los candidatos emergen de un partido enfrentado y dividido, por lo que ha recobrado centralidad la figura del «operador político» como un elemento necesario e indispensable para ganar una elección.

Hemos definido para fines de nuestra investigación esta figura de «operador político» como aquel sujeto capaz de concertar, programar y establecer compromisos con líderes comunitarios, para pactar acuerdos y organizar eventos públicos o privados en donde se realice proselitismo político, tendiente a la captación del voto.

Los operadores políticos son una herencia del corporativismo, cuando el PRI era el partido hegemónico y creó una estructura sustentada básicamente en militantes que eran funcionarios públicos menores, beneficiarios de concesiones públicas (transporte, locatarios de mercados, dirigentes locales de las estructuras sectoriales del partido) y sobre todo la gran estructura del sindicato de profesores (SNTE), que opera de manera importante en los Altos de Chiapas (Pineda, 1995, 1993)

Estas características son de vital importancia para poder comprender el comportamiento de los actores políticos y el comportamiento de la burocracia que opera los cargos públicos administrativos en las diferentes instancias de gobierno. La permanencia en el trabajo no depende de las



capacidades profesionales, sino de las lealtades personales hacia el funcionario que por elección o designación ocupe un puesto.

Sin embargo, en Chiapas con la derrota del PRI en la elección del 2000 para gobernador, parte de esta militancia se ve en la necesidad de cambiar sus lealtades para mantener empleos o concesiones y se vuelve un operador mercenario de la política que vende sus servicios al candidato que le parece tiene el mejor perfil ganador u ofrece más dinero por sus servicios como operador político, y este es generalmente quien cuenta con los apoyos gubernamentales. Asistimos a la transformación del militante de partido en mercenario, no obstante que los otros dos atributos —el voto duro y el conocimiento público del perfil del candidato—, también son valorados por el operador para jugar su futuro en el próximo gobierno.

Hemos identificado a estos «operadores políticos» por la circunstancia de ser originarios alguno de nosotros, de este distrito y otros por tener un largo tiempo residiendo en este lugar, lo cual nos ha hecho además partícipes de la vida cotidiana en tanto habitantes de este distrito y no es difícil conocer a este tipo de personajes, especialmente cuando son objeto de nuestro interés de investigación.

HACIA UNA PRIMERA TIPOLOGÍA DE LOS «OPERADORES POLÍTICOS»

Tipo 1) Este tipo de «operador político» que se ubica en el área urbana, opera a partir de su trato y adhesión al candidato, cuando éste sólo tiene la intención y se comienza a orquestar la “precampaña”. En este momento este tipo de operador reactiva la serie de relaciones que mantiene con

varios líderes campesinos e indígenas de las comunidades rurales de los municipios de San Cristóbal de Las Casas y de Teopisca, reanuda una estrecha relación con estos líderes campesinos para invitarlos a sumarse a la campaña del candidato en cuestión, y comienza su tarea de cooptar simpatizantes para encausarlos y captarlos como votantes.

Es importante señalar que también pueden sostener esta misma relación con representantes vecinales y de las organizaciones corporativas que aún subsisten como gremios (taxistas, transportistas, vendedores ambulantes, así como gremios de clase media, comerciantes, etc.), y operan donde no hay liderazgos fuertes en las comunidades. Este operador incluso llega a formar su propia red de cooptadores y captadores de votos.

La versatilidad de su capacidad y carisma para relacionarse con distintos sectores de población, le garantizan el éxito como «operador» del candidato en turno; por otra parte, cierta falta de escrúpulos —para ser amables— le permite hacer ofertas y promesas a cambio de apoyos, presencias (acarreos) y especialmente la capacidad para llevar a los votantes a las urnas el día de la elección, echando mano de toda clase de mecanismos al alcance de los recursos. En suma, este operador puede hacer el “trabajo sucio” (componendas, tráfico de influencias, promesas de empleo, concesiones, etc.) que no se puede permitir el candidato.

Tipo 2) En otro escenario, en el rural-indígena, en ausencia del operador tipo 1, el candidato en cuestión incorpora y pacta de manera directa con los líderes comunitarios, quienes han adoptado como estrategia inquebrantable el trato directo, cara a cara, con el candidato. Por lo general este líder natural de las comunidades es un gestor de la propia comunidad, avezado en trámites y negociaciones con el municipio y las instituciones en general. En no pocas ocasiones, el puente para concertar la visita del candidato es un operador tradicionalmente presente en las comunidades: los maestros. Esto no necesariamente implica que todos los maestros funcionen como operadores políticos, pero si dentro de la estructura del SNTE y/o la CNTE existen gran número de estos personajes (Pineda, 1993)

Tipo 3) Un «operador» que más bien realiza funciones de intermediación entre el candidato y los posibles votantes, éste opera en el medio urbano y su tarea consiste en detectar y seleccionar, previa concertación, casas particulares y/o lugares como puntos de reunión que por lo general elige vecinos con prestigio social.

Para concluir, observamos que esta suerte de «operadores» no tienen cabida explicativa desde los indicadores

planteados por Sartori para evaluar el desempeño del sistema partidista, porque queda fuera de foco el análisis de estos mecanismos y prácticas no formales que son las formas cotidianas, tipificadas por la costumbre y la eficacia para llevar votantes por su candidato. Toda vez que la competencia electoral no se sustenta en una real competitividad como partidos gobernantes, pues carecen del sustento que las plataformas políticas de los partidos políticos les brindan para darles una identidad de proyecto político que determina el tipo de iniciativas que promoverán como legisladores, que orientarán el programa de gobierno para que tengan la capacidad y la voluntad para proponer políticas públicas y programas de desarrollo, acciones concretas como gobernantes que canalizan y rinden cuentas al electorado. Esto no existe en el ámbito del distrito local V.

Si bien la tendencia a coaligarse entre partidos se ha vuelto una práctica común y está normada por los órganos electorales, ésta no descansa en afinidades político-programáticas sino en la inmediatez por ocupar un cargo de elección, “el más a mano”, las presidencias municipales, y en niveles de mayor éxito y pertenencia a la elite, las gobernturas. En este sentido, la cultura política constituye una dimensión analítica que enfoca el comportamiento, las actitudes, los valores, las percepciones y los intereses de la población en torno a los temas políticos. Desde el concepto de cultura política (Almond y Verba) también se puede estudiar a esta clase de “políticos” o de clase política, pues en el escenario local varios son los que se transforman de empresarios a políticos, es decir, tenemos no pocos candidatos que no tienen origen partidista, pero tampoco tienen su origen dentro del partido que los postula, veamos el caso del municipio de San Cristóbal de Las Casas:

1. Tirsa Robles, militante del PAN, el partido no le respeta su candidatura y opta contender por el Partido Alternativa Social Demócrata y Campesina.
2. Bulmaro Acuña, militante del PRD, no lo considera su partido y opta por el PANAL.
3. Ulises Córdova, militante del PVEM, opta por el Partido Convergencia, tras ser finalmente rechazado por el PRD.
4. Juan José Román, empresario local, sin partido, logró colocarse por el PAN.
5. Enoc Hernández, del extinto PAS, que en alianza con el PT busca por segunda vez la presidencia municipal a través del PT.

6. Mariano Díaz Ochoa, militante del PRI busca repetir como presidente municipal por el PRI.

7. Cecilia Flores, milita en el PRD, es postulada por el PRD.

Observamos que solamente tres de los siete candidatos lograron postularse por el partido al que pertenecen, cuatro candidatos no tienen origen partidista en el partido que los postula.

Este escenario encarna el extremo del pragmatismo político y la necesidad que los partidos políticos examinen con mas atención sus tareas como gobernantes y legisladores. •

Notas

¹Se trata del Gobernador Pablo Salazar Mendiguchía quien llega a la gubernatura mediante la coalición de partidos “Alianza por Chiapas” (PAN-PRD-PT-PVEM).

²Según los datos de las elecciones estatales y federales de 2000 y 2006.

Bibliografía

- Cárdenas Gracia, Jaime (2000): “Partidos políticos” en Baca Olamendi, L.; Bokser, J.; Castañeda, *et. al.* (compiladores): *Léxico de la política*, México, FLACSO, CONACYT, FCE, H. Böll Stiftung (pp. 512-518).
- Crespo, José Antonio (2000): “La reforma electoral pendiente” en *Política y Gobierno*, Vol. VII, núm.2, 2º semestre, México, pp. 445-480.
- De las Heras, María (2006): *Por quién vamos a votar y por qué. Guía práctica para comprender las elecciones*, México, Ed. Nuevo siglo- Aguilar.
- Ibarra, J. Fernando; Somuano, Ma. F., Yunuen Ortega, R. (2006): “La competencia electoral y su impacto en el desempeño hacedario de los municipios en México” en: *Foro Internacional* 185, XLVI, 2006 (3), pp. 465-492 en <http://revista.colem.mx/revista/7>.
- Pineda, Luz Olivia (1993): *Caciques culturales. El caso de los maestros bilingües en los Altos de Chiapas*, Puebla, Altres, Costa Amic.
- _____ (1995) “Maestros bilingües, burocracia y poder político en los Altos de Chiapas” en Viqueira, Juan Pedro y Ruz, Mario Alberto (Editores) (1995): *Chiapas. Los rumbos de otra historia*, México, UNAM, CIESAS, U. de G. pp. 279-300.
- Sartori, Giovanni (2000) [1976]: *Partidos y sistemas de partidos. Marco para un análisis*, Madrid, Alianza Editorial.
- Silva Ruíz, Gilberto y Garduño, Guillermo (compiladores) (1997): *Antología de teoría sociológica clásica. Durkheim*, México, FCPYS, UNAM.
- ÓSCAR GORDILLO GUILLÉN, ALMA ISUNZA BIZUET Y ROSANA SANTIAIGO GARCÍA son profesores investigadores adscritos a la Universidad Autónoma de Chiapas, Campus III.